Humberto Díaz-Casanueva "vida y muerte tienen una sola orilla". (H.D-C).

(AAN1282) 000195159

1932 Hernán Ortega Parada

Humberto Díaz-Casanueva ha muerto. Lo lloraríamos como él lloró a Rosamel del Valle. Pero no podríamos escribir como él escribió sobre la muerte. Se dice que su obra poética es de difícil lectura (difícil comprensión) mentira acomodaticia y/o circunstancial, porque leer a Parra no es más fácil que leer a Díaz-Casanueva. Porque leer verdaderamente a Nicanor es tan arduo como leer a Humberto. Pero sí lo que es cierto es que en los textos de Nicanor las gemas están espolvoreadas y, en cambio, en los de Humberto, éstas se encuentran pacientemente enmarcadas, a las sombras de un juego de cúpulas y columnas grandioso. Leer al poeta que hoy defendemos, es encontrar a manos llenas espléndidas piedras como ésta de su libro "El hierro y el hilo" -uno de los libros más importantes de su bibliografía y de los últimos veinte años de la literatura chilena: "¡Mira esa mirada que pudre las cerezas!", verso más insidioso que aquel que escribiera otro poeta, tan grande como Humberto y que también se nos acaba de ir tan trágicamente, me refiero a Eduardo Anguita: "¿Oís podrirse los duraznos en el granero, /al atardecer...".

Empezamos a conocer a Humberto Díaz-Casanueva -al hombre-, cuando él, enterrado en Nueva York -podría haber dicho perfectamente desterrado- sentía que toda su alma vivía y sufría la tragedia clavada en la historia de su patria. La falta de libertad de expresión, la presencia del terror y del dolor bajo formas inaceptables por la comunidad internacional a la cual él pertenecía de hecho y derecho por la altura de su concepción moral, social y filosófica-, lo tenían abismado e inconsolable. El quería venirse a Chile, pero al Chile donde él se formó, a esa vida cultural, rica, altiva, soberana-, que ya no tendrá paragón en el siglo XX de esta sociedad nuestra, aquella del año 30 al 70. Mejor, al 71, año en que él mismo recibió el Premio Nacional de Literatura. Cuarenta años donde los libros se editaban como el pan nuestro de cada día. Donde los poetas, los pintores, los músicos, los filósofos, compartían la cultura como herramienta secreta del arte.

En efecto, el 14 de marzo de 1981, Humberto fue la figura central de un tradicional sábado-almuerzo del Grupo Fuego de la Poesía, en la SECH de Simpson 7. Estaba de paso, asombrado, tenso. Improvisó un macizo diálogo con Polifemo, recurso que le permitió esbozar sus nostalgias y su poética. Este texto, memorable, lo recogimos en el número 2 de la revista "Huelén" y la voz del poeta, alta y vibrante, la depositamos, posteriormente, en el archivo de la palabra, de la Biblioteca Nacional, ya que, por sus importancia, ese discurso literario debe ser conocido por las nuevas generaciones de escritores. Y, posteriormente, visitó en forma especial nuestra propia agrupación, protegida por la sabiduría prodigiosa de otro escritor a quien añoramos terriblemente, Martín Cerda. Allá llegó Humberto con un texto escrito, dirigido a "los jóvenes poetas chilenos, en una asamblea donde las edades fluctuaban, de seguro, entre los 30 y los 70 (cifras paralelas a otras que se evidencian en este instante). Este "Mensaje a Huelén", fue entregado en el número 3 de esa publicación, y es, a no dudarlo, una de sus más claras lecciones de poética; esa forma de entender la vida y el arte, más directas y generosas que le conocemos. Entre otras cosas, nos dijo: "Siempre sediento de una realidad tan honda para nuestro dolor y nuestro gozo, ni platónico ni angélico, huí de las esencias para constituirme en la plenitud de lo real, en mi carne, en mi tiempo, en mi muerte, apelando a la lúcidez de la inteligencia como a la imaginación hacedora".

De allí para adelante, tuvimos el privilegio de recibir sus cartas empapadas de la nieve de Manhattan, y más tarde, compartir muchas veces su vida hogareña en torno a lo que más amaba: sus libros, un poco de conversación, y Leonora.

No hay nada que repare hoy nuestro dolor y nuestra sociedad -como si hubiéramos perdido un padre-, salvo leer su poesía eterna.

(Se nos están muriendo los maestros, amigos escritores, sin posibilidades de reemplazos de igual valor).

El Centro, Talca, 29-X-1992 p. 3.

Editorial correspondan a sus autores y ellos no representan necesariamente la línea editorial del diario.

Humberto Díaz Casanueva "vida y muerte tienen una sola orilla" [artículo] Hernán Ortega Parada.

Libros y documentos

AUTORÍA

Ortega Parada, Hernán, 1932-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Humberto Díaz Casanueva "vida y muerte tienen una sola orilla" [artículo] Hernán Ortega Parada.

FUENTE DE INFORMACIÓN

Biblioteca Nacional Digital

INSTITUCIÓN

Biblioteca Nacional

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile